



CAPÍTULO XIV.

BALBEC.

CUANTO mas se examinan las ruinas de los edificios erigidos por naciones anteriores á nuestros conocimientos históricos, tanto mas quedamos admirados del estado de esplendor á que habia llegado la arquitectura en aquellos remotos tiempos. No eran piedras apiladas en montones para mostrar solo el poder de algun soberano, ó los esfuerzos unidos de una comunidad, como las pirámides de Egipto, sino edificios de la mayor regularidad, de la mayor elegancia, del mayor costo, y de un gusto mas delicado del que pueden jactarse las naciones modernas en los últimos quince siglos.

Balbec es una ciudad de Siria, situada casi exacta-

mente en la mitad del camino, entre Damasco al Sudeste, y el puerto de Trípoli de Siria al Noroeste. La ciudad está rodeada de una muralla, legua y media en circunferencia, pero no ha quedado de su antigua grandeza, mas de un pueblo de casuchas habitadas por algunas familias miserables, formando el mayor contraste con las ruinas venerables de su antigua arquitectura. Para formar una justa idea de estas ruinas estupendas, suponemos que descendemos del interior de la ciudad. Después de haber atravesado un gran trecho, cubierto de escombros y casuchas, se llega á un espacio que parece haber sido una plaza, y mirando al ángulo del occidente, se descubre una gran ruina, restos de dos pabellones decorados con pilastras reposando sobre una pared de ciento setenta y seis piés de largo. Desde el terrado que hay en este frente se goza una vista que se estiende por todo aquel país, y á la orilla del terrado se descubre, aunque con dificultad, las basas de doce columnas, que antiguamente se estendian de un pabellon al otro formando un pórtico. Caminando por esta esplanada se llega al pié de nueve columnas y el viagero queda pasmado al ver lo magestuoso de su elevacion. El fuste de cada una de estas columnas tiene veinte y tres piés y medio de circunferencia, y noventa y tres de alto hasta el maciso entablamento, el cual está ricamente trabajado; de modo que la grandeza y elevacion del todo es singularmente maravillosa. Pasando de esta gran ruina llegamos al templo del Sol, el que no obstante su presente estado de desolacion, es el objeto mas principal

que llama la atención del viajero, por la magnificencia y proporciones de su diseño original. La puerta de este gran templo está al lado del Este, y es particularmente admirada por su trabajo esquisito. Entrando por esta puerta se descubre, en primer lugar, un magnífico patio hexágono (seis lados) de ciento y ochenta pies de diámetro, presentando por todos lados los restos de una magnificencia y hermosura arquitectónica del más rico estilo, en las columnas y otros ornamentos del círculo de aposentos que corren todo al rededor. Pasado este patio se entra en otro mucho mayor, de una figura casi cuadrada, teniendo cuatrocientos once pies por un lado, y cuatrocientos cuatro por el otro, y al lado occidental están las columnas restantes de aquel famoso templo. El número de estas columnas eran originalmente cincuenta y seis, diez al frente, diez atrás, y diez y ocho á cada uno de los dos lados, pero ahora no hay más de cuatro, las cuales están al frente. El espacio dentro de este peristilo es trescientos trece pies de largo, y ciento setenta y dos de ancho, y la altura de las columnas, incluyendo el plinto, es de noventa y cinco pies. Nada puede concebir la imaginación, con respecto al arte humano, más grande que el aspecto que presentaría este hermoso templo en su estado perfecto, asombrando el resto de sus ruinas al viajero. Un juicio algo acertado de toda la obra se puede formar por el terrado que rodea todo el edificio, causando la mayor sorpresa las dimensiones de las piedras con que está formado. Cada canto tiene treinta y tres pies de lar-

go, once de ancho y catorce de alto; y á la parte occidental hay tres del enorme tamaño de setenta pies de largo cada uno y de una sola pieza. A corta distancia de la ciudad hay una cantera de piedra franca de donde probablemente se han sacado estos trozos inmensos, pues se ve uno trazado, y que no se acabó de separar, de la prodigiosa medida de setenta y siete pies de largo, quince de ancho y diez y seis de alto, que no puede ménos de pesar veinte y dos mil setecientos quintales. Grande debía ser el conocimiento de la estática que poseían los arquitectos de aquel tiempo, no habiendo en nuestro siglo más de uno ó dos ejemplos de haber removido ó suspendido cuerpos tan pesados con todo el adelantamiento mecánico.

Hay otro templo al Sur de este, aunque de menores dimensiones; sin embargo, era un edificio grandioso, teniendo doscientos cuarenta y cuatro pies de largo, y ciento veintiseis de ancho. Sus columnas eran originalmente treinta y cuatro; á saber, ocho en el frente ó pórtico, y trece á cada uno de los lados. Su altura, incluyendo el plinto, es de ochenta y cuatro pies; y los ornamentos son aquí de la misma especie que los del templo mayor. Este edificio está conservado mejor que el otro, existiendo en pie todas las columnas del peristilo con su entablamento; y solo afeado con dos grandes torres cuadradas que los turcos han levantado sobre las ruinas del pórtico. A otro lado, en un terreno algunos pies más bajo, están las ruinas de otro templo, desde cuya puerta principal se exa-

mina todo el interior, que sin duda fué en otro tiempo la habitacion de algun gran Dios de los Balbequitas; pero en lugar de la solemne pompa de una multitud de sacerdotes ofreciendo sacrificios, y de una vasta congregacion de pueblo postrados en tierra, como nos sugiere la imaginacion sería el caso, no se descubre mas que escombros del techo caido, polvo y yerbas. Las paredes, enriquecidas anteriormente con los ricos ornamentos del órden Corintio, no presentan ahora mas de los pedimentos de nichos y tabernáculos cuyos objetos están esparcidos por el suelo. Entre estos nichos hay una hilera de pilastras istriadas, cuyos capiteles soportan parte de un entablamento, pero suficiente para darnos idea de la riqueza de su friso, conservándose cabezas de sátiros, caballos, toros, y gran variedad de arabescos. Sobre este entablamento estaba el techo, cuyas dimensiones eran ciento veintinueve pié de largo y sesenta y dos de ancho. Las paredes que soportaban el techo tienen treinta y cuatro piés de alto sin ventana alguna, de lo que se infiere que este templo estaba alumbrado por algunas claraboyas. La riqueza de los ornamentos que había en este techo se puede uno figurar por los fragmentos que se hallan en el suelo; pero todavía debia haber sido mayor la riqueza de la galería del peristilo, como se ve por las partes que restan, conteniendo lositas en forma de rombos en las que están representados, Júpiter sentado en su águila, Diana con su arco y media luna, y

algunos bustos que parecen ser figuras de emperadores y emperatrices.

No es la naturaleza la que ha hecho estas devastaciones, pues que los turcos han contribuido en gran parte á su destruccion. Solo por el interes de sacar las grapas de hierro que sirven para unir los varios trozos de columnas, han sido estas trastornadas.

Hay otro templo en Balbec, de un gusto tan esquisito, que parece una joya distinguida en el tesoro de la arquitectura, y aunque en ruinas se conserva todavía entero. Este templo fué por algun tiempo convertido en iglesia griega, y á esta circunstancia se debe su conservacion, pero irá en decadencia ahora que ha sido abandonado. No tiene mas de treinta y cinco piés de diámetro, exclusive de las columnas y espacio al rededor. Su arquitectura es del órden corintio mas rico; y la gracia y ligereza de sus columnas, entablamento y cornizamento es ciertamente admirable.

Cuando consideramos la magnificencia extraordinaria de los templos de Balbec, y el total silencio de los autores griegos y romanos, nos confunde el no poder hallar la causa de una omision tan estraña. Si fuese solo el silencio sobre estos edificios, podriamos atribuirlo á la indiferencia de los griegos y los romanos acostumbrados á ver otros edificios, si no tan espléndidos, á lo ménos de la misma especie; pero no mencionarse ni aun el nombre de Balbec en los anales romanos es muy singular. Un pueblo murado de tal modo, y tan grandioso, debia ser muy considerable por su posicion, por su

comercio y por su poblacion. Solo una importancia grande podria haber impelido á los soberanos del pais á hacer unos sacrificios de dinero y de trabajo tan inmensos; mucho mas si fueron contruidos en tiempo de los emperadores romanos, mas ansiosos todos de hermosear á la soberbia Roma, que de atender al bien de los pueblos sometidos á su yugo. Ni á los pretores romanos pueden atribuirse tan nobles obras, habiendo sido tanta la rapacidad de aquellos gobernadores, que las exacciones de los bajás de Turquía parecen tolerables y equitativas en comparacion. Solo en un fragmento del escritor Juan de Antioquia se halla alguna noticia, aunque oscura, de Balbec, y atribuye la construccion de sus templos á Antonino Pio; y la única circunstancia que puede favorecer esta opinion es el órden corintio de su arquitectura, que no vino á ser general en Roma hasta la tercera edad del imperio.

La manía de los griegos en traducir en su lengua los nombres de los lugares, segun su significacion ó situacion, en lugar de darles sus apelaciones estrangeras, ha confundido la geografia y la historia. Esta es la causa de que no sepamos nada del estado de Balbec en la antigüedad remota; pero estando situada entre Tiro y Palmira es probable, que esta ciudad participó de la prosperidad del comercio de los fenicios. Por el templo del Sol llamaron los griegos á Balbec *Heliópolis*, que significa la Ciudad del Sol. Balbec en siriaco significa el Valle de Bal ó del Sol; y *Balbeth* en hebreo significa la Ciudad de Baal ó del Sol, por el culto que

allí se daba al gran luminar del dia. Pero cualquiera que haya sido la prosperidad de Balbec en tiempos antiguos, en 1784 estaba reducida toda su poblacion á mil habitantes en estado de la mayor pobreza.

Este culto dado al Sol desde la mas remota antigüedad es el error mas notable del entendimiento humano. En Babilonia, en Nínive, en la Caldea, en la Persia, en Palmira, en Balbec, y hasta en el Perú bajo los Incas, el Sol ha sido el ídolo de adoracion, bajo emblemas diferentes, principalmente el fuego. Los adoradores del Sol, privados de revelacion, no tenian mas medios de elevar su imaginacion, sino los auxilios que les prestaban sus sentidos; y absortos estos con las muchas virtudes, con la beneficencia universal del glorioso luminar, le adoraban como al vicegerante del Criador del mundo, como á una criatura en la que estaban reunidas todas las perfecciones de la naturaleza, y á la que estaba sujeta toda la creacion. Ellos veían que el Sol reina en el firmamento, y que sin él no habria produccion en la tierra. Ellos advertian que el Sol, como Dios, todo lo ve, que todo lo presencia, y que no hay cuerpo alguno en el cielo ni en la tierra que no participe de su virtud. Ellos observaban que la bóveda celeste sirve al Sol de pabellon, que los demas planetas reciben la luz de él, y que todos giran por el firmamento haciéndole la corte, que las constelaciones le miran á una distancia respetuosa, que los luceros pierden la luz á su presencia, y que las estrellas desaparecen á su vista; y convencidos de que este astro refulgente es el padre de

la luz, y el órgano de todas las bendiciones que disfruta el hombre en la tierra, le daban culto como á su bienhechor. De un Inca se refiere, que contemplando un día al Sol, en las colinas del Cuzco, dijo á los de su corte: „Si el Sol es tan poderoso, ¿cuánto mas será aquel que le ha mandado girar por el cielo?” Esta era una alusion al gran Pachacamac, el Dios invisible que ellos imaginaban sobre los cielos.

El error de los asiáticos, así como el de los peruanos, consistía en buscar la Divinidad en lo visible; y entre todo lo visible no hallaban sus sentidos otro objeto mas hermoso, mas benéfico, ni mas admirable que el Sol. Equivocaron al Criador con la criatura que parece presidir al mundo, y no con las serpientes, becerros y otras bestias, de modo que su idolatría aunque grosera, no lo era tanto, como la que consistia en colocar animales en el templo, y adorarlos como á dioses.

Casi todos los viajeros que van á Siria descubren estas grandiosas ruinas, y hacen reflexiones melancólicas y morales; pero quizá ninguno las hace mas tristes que Lamartine. Oíganse las palabras mismas del viajero.

Habia atravesado yo las cimas del monte Sannin cubiertas de nieves eternas, y habia vuelto á bajar del Libano coronado con su diadema de cedros, hasta el desierto desnudo y estéril de Heliópolis, despues de una jornada larga y penosa. Hacia al horizonte, y sobre las últimas gradas de las montañas negras del Anti-Libano, un in-

menso grupo de ruinas amarillas doradas por el sol, que estaba poniéndose, se desprendia de la sombra de las montañas, y reflejaba los rayos de la tarde. Los guias me lo enseñaban con el dedo, y gritaban: ¡Balbec! ¡Balbec! En efecto, salia brillante de su sepulcro desconocido la maravilla del desierto, la fabulosa Balbec, para referirnos las edades cuya historia se ha perdido. Caminábamos lentamente al paso de nuestros fatigados caballos, clavados los ojos en los muros gigantescos, en las columnas brillantes y colosales que parecian estenderse, crecer y prolongarse á medida que nos acercábamos: reinaba un profundo silencio en toda la caravana: cada uno temia perder las impresiones de estos momentos, si comunicaba á otro la que acababa de tener. Aun los árabes callaban, y parecian recibir tambien una idea fuerte y seria de este espectáculo que nivelaba todos los pensamientos. Al fin llegamos á los primeros trozos de columnas, á los primeros fragmentos de mármol que los terremotos habian arrojado á mas de una milla de los monumentos mismos, como las hojas secas arrebatadas lejos del árbol por el huracan. Muchas y profundas canteras abrian sus abismos á los piés de nuestros caballos: estas grandes escavaciones de piedra cuyas paredes conservan señales profundas del cincel que las ha formado para sacar de ellas otras colinas de piedra, presentaban todavía algunos trozos gigantescos medio desprendidos de su base, y otros tallados por sus cuatro caras, y que al parecer no aguardaban otra cosa sino los carros ó brazos de gigan-

tes para moverlos. Uno solo de estos trozos de Balbec tenia sesenta y dos piés de largo, veinticuatro de ancho y diez y seis de espesor. Uno de nuestros árabes bajándose del caballo, se deslizó en la cantera, y brincando sobre la piedra, agarrándose de las entalladuras del cincel y de los musgos que se habian arraigado allí, subió al pedestal, y corrió acá y allá sobre su superficie dando gritos salvages; pero el pedestal por su masa hacia desaparecer al hombre á nuestra vista: el hombre desaparecia delante de su obra: era necesaria la fuerza reunida de sesenta mil hombres de nuestro tiempo para levantar esta piedra; y la plataforma ó terrado de Balbec sostenia otras mayores alzadas á veinticinco, ó treinta piés sobre el suelo, las que soportaban columnas proporcionadas á estas bases.

Seguimos nuestro camino entre el desierto á la izquierda, y las undulaciones del Anti-Libano á la derecha, entre unos campos pequeños, cultivados por pastores árabes, y el lecho de un ancho torrente que serpentea entre las ruinas: á la orilla de aquel se levantan algunos nogales hermosos. La Acrópolis, ó colina artificial en que están todos los grandes monumentos de Heliópolis, se nos presentaba acá y allá entre las ramas, y las copas de grandes árboles, por donde la descubrimos enteramente, y toda la caravana se paró como por instinto. Ninguna pluma ni pincel podria describir la impresion que dá á los ojos y al alma este espectáculo. Bajo nuestros piés, en el lecho del torrente, en medio de los campos, y junto á todos los troncos de los árboles, ha-

bia trozos de granito rojo ó pardo, pórvido encarnado, mármol blanco, piedra amarilla, tan brillante como el mármol de Paros, pedazos de columnas, capiteles cincelados, arquivases, volutas, cornizas, entablamentos, pedestales, miembros esparcidos que al parecer palpitaban aún, estatuas caidas de cara contra el suelo: todo esto confundido, amontonado ó disperso por todas partes como las lavas de un volcan que vomitara los escombros de un grande imperio.

Adelante de estas ruinas que forman verdaderos médanos de mármol, está la colina de Balbec: plataforma de mil pasos de longitud, de setecientos de latitud, edificada toda por la mano del hombre, con piedras labradas, de las que algunos tienen de cincuenta á sesenta piés de largo, y quince ó diez y seis de alto, y la mayor parte de ellas de quince á treinta. Esta colina de granito labrado, se nos presentaba por su estrechidad oriental con sus basas profundas y sus revestimientos inmensurables, en que tres piezas de granito dan una masa de ciento y ochenta piés, y cerca de cuatro mil de superficie: allí se ven anchas embocaduras de bóvedas subterráneas donde se precipita el agua del arroyo, y esta con el viento resuena como el toque lejano de las grandes campanas de nuestras catedrales. En este inmenso terrado se nos presentaba lo mas alto de los grandes templos, como si se desprendieran estos del horizonte azul y rosado ó color de oro. Parecian intactos algunos de estos monumentos solitarios, y al parecer acababan de salir de las manos de los obre-

ros: otros solo presentaban restos aun en pié, de columnas aisladas, paredones inclinados y fachadas destrozadas: se pierde la vista en las hermosas calles de las columnatas de diversos templos, y el horizonte demasiado alto no nos dejaba ver el término de esta infinidad de piedras. Las seis columnas colosales del gran templo, conservando aun su inmenso y rico entablamento, dominaban toda la escena y se perdian en el cielo azul del desierto, como un altar destinado á los sacrificios de los gigantes.

Solo algunos momentos nos detuvimos para reconocer lo que habíamos venido á ver entre tantos peligros y á tanta distancia, y seguros de verlo todo á otro día, nos retiramos porque se acercaba la noche, y era preciso buscar un asilo ó bajo una tienda, ó bajo alguna bóveda de aquellas ruinas para dormir y descansar. Nos dirigimos hácia donde se levantaba un poco de humo á corta distancia de nosotros, y nos acercamos á un grupo de ruinas, mezcladas con casuchas y paredones árabes. Llegamos á la puerta de una cabaña baja y medio oculta entre lienzos maltratados de mármol, y cuya puerta y angostas ventanas, sin vidrieras ni postigos, están hechas de mármol y de pórfido, mal compaginados con un poco de mezcla: un arco pequeño de piedra, se levantaba uno ó dos piés sobre la plataforma que servia de techo á esta casita, y una campana chica, como las que se pintan en la gruta de las ermitas, se meneaba al soplo del viento: tal era el palacio del obispo de Balbec que cuidaba en este desier-

to á un pequeño rebaño de doce ó quince familias cristianas perdidas en medio de aquella soledad, y de una tribu feroz de árabes independientes. Hasta entonces no habíamos visto mas ser viviente que los chakales que corrian entre las columnas del gran templo, y las pequeñas golondrinas de collar de seda roja que hermo세aban, como un ornamento de arquitectura oriental, las cornizas de la plataforma. Al ruido de nuestros caballos salió el obispo, y saludándonos desde su puerta, me ofreció hospitalidad. Era un anciano gallardo, de cabellos y barba blanca, de fisonomía grave y dulce, palabra noble, suave y cadenciada, en todo semejante á la idea de un sacerdote de un poema ó de un romance, y digno de mostrar su semblante de paz, de resignacion y de caridad en esta escena solemne de ruinas y de meditaciones. Nos hizo entrar en un pequeño patio interior cuyo pavimento era de pedazos de estatuas, de trozos de mosaicos y de vasos antiguos, y entregándonos su casa, esto es, dos piezas chicas y bajas, sin muebles y sin puertas, se retiró y nos dejó, segun la costumbre oriental, dueños absolutos de su casa.

Despues de pintar el autor el silencio de aquellos lugares, la luna que los alumbraba, y los pensamientos graves que ocupaban su corazon, añade: De repente un canto dulce y tierno, un murmullo grave y dictado por el entusiasmo, salió de las ruinas detras de una pared grande con arcos arabescos, y cuyo techo nos parecia desplomarse: esta voz vaga y confusa creció,

se prolongó, y se levantó mas alta y fuerte, y distinguimos un canto de muchas voces en coro; canto monótono, melancólico y tierno, que subia, bajaba, acababa y renacia alternativamente, y se respondia á sí mismo: era la oracion de la noche que cantaba el obispo con su grey en el recinto derrumbado de lo que fué su iglesia, montones de ruinas debidos á una tribu de árabes idólatras. No estábamos preparados para esta música del alma en que cada nota es un sentimiento ó un suspiro del corazon humano, en esta soledad, en el fondo de los desiertos, que salia de entre las piedras silenciosas, amontonadas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Nos sobrecogió el canto, y lo acompañamos con el pensamiento, con la oracion y con los acentos interiores de una poesía santa, hasta que aquellas letanias monótonas acabaron, y los últimos suspiros de aquellas voces piadosas se fueron perdiendo en el silencio acostumbrado de aquellos escombros antiguos.



CAPÍTULO XV.

ANTIOQUÍA.

ESTA magnífica ciudad, capital de Siria, fué fundada por Seleuco Nicanor en las orillas del Orontes. Según Ammiano Marcelino, en su tiempo Antioquía era célebre en todo el mundo, y á ningun otro lugar cedia ni en la fertilidad de terreno, ni en la riqueza del comercio. Estaba situada, parte en una llanura, parte hácia la falda de una alta montaña; pero una grande estension de la ciudad antigua está convertida en jardines. La elevacion de los montes que circundan á esta ilustre poblacion y que ántes estaban dentro de su recinto, prueba su grandeza pasada y su considerable influjo en las guerras que han devastado